

PATRICK DENNIS

# GENIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Genius*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1962 by Patrick Dennis  
Este libro ha sido negociado a través de Lennart Sane Agency AB  
© de la traducción, 2017 by Miguel Temprano García  
© de la ilustración de la cubierta, by Virginie Berthemet —  
virginie-berthemet.com  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-57-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 881-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Si el lector ha cumplido ya los treinta años sería osado por mi parte preguntarle si ha oído hablar de Leander Starr. Cualquiera que se tenga por mínimamente cultivado podría responder en el acto que fue—y tal vez siga siendo— el mayor director de cine de Estados Unidos, a la altura de Robert Flaherty, Mauritz Stiller, Erich von Stroheim y media docena más. Sería difícil encontrar a alguien (que pase de los treinta) que no haya visto su gran épica religiosa *Ruth en el trigal ajeno*, que aún hoy se considera el modelo de todas las grandes películas bíblicas. Basta con aludir en ciertos círculos a su documental mudo, *Una muchacha de Yucatán*, en el que aparecían una belleza sordomuda mexicana, un montón de ruinas indígenas y la Filarmónica de Viena, para que se produzca un minuto de susurros reverentes. Y, por supuesto, sus elaborados e ingeniosos suflés que cocinaba expresamente para grandes actrices cómicas de antaño como Carole Lombard y Jean Harlow siguen siendo joyas del cine clásico.

Si, como yo, pasa de los cuarenta, no es necesario que le diga que la labor como director teatral de Leander Starr se consideraba prodigiosa. Su dirección de comedias para Gertrude Lawrence, Ina Claire, Francine Larrimore o los Lunt—por nombrar sólo a unos pocos—era mágica. Y tampoco se contentaba con eso. Era capaz de adaptar las obras más insospechadas de autores tan difíciles como Marlowe, Webster, Beaumont y Fletcher, García Lorca, Beckett y Brecht y colgar el cartel de LOCALIDADES AGOTADAS. No es poca cosa.

Sin embargo, si tiene menos de treinta—la mitad del país aún no los ha cumplido—, quizá requiera una breve expli-

cación, pues, a menos que sea uno de esos cinéfilos empedernidos que frecuentan las proyecciones del Museo de Arte Moderno y los cines de arte y ensayo más mugrientos, no es probable que haya visto muchos ejemplos de la soberbia obra de Leander Starr. Desde hace unos años—por diversas razones—, el señor Starr ha preferido vivir fuera de Estados Unidos. Su obra ha sido esporádica: un par de películas rodadas en Italia, un western psicológico filmado nada menos que en el sur de Francia, una película épica con actores de primera fila sobre Ricardo Corazón de León rodada en Walton-on-Thames y la mitad de una muy erudita serie de la BBC basada a grandes rasgos en el informe Wolfenden. Todos ellos son trabajos de primera que siguen demostrando que el viejo maestro no ha perdido su habilidad. Pero Starr ha considerado oportuno abandonar Italia, Francia e Inglaterra igual que hizo con su tierra natal. En los últimos años ha estado ocioso la mayor parte del tiempo.

Aunque para muchos el nombre de Leander Starr equivalga a verdad y belleza, para otros es sinónimo de ruina financiera, deudas y cheques sin fondos. El montaje final de su gran documental *Una muchacha de Yucatán* dura exactamente cuatro horas y cincuenta y dos minutos y es imposible venderlo a una sala de cine normal. Su chispeante comedia, *Un affaire*, puede que ganara cuatro premios de la Academia, pero producirla fue tan ruinoso que sólo cubrió gastos porque, por lo general, se proyectó en programas dobles con *Blondie Brings up Baby*. A pesar de que su gran fresco histórico, *El Éufrates*, llenó dos años enteros el viejo Hippodrome hasta la bandera, lo hizo a costa de perder mil doscientos dólares a la semana, sin incluir las facturas del veterinario. La primera y la cuarta esposa de Leander Starr todavía claman pública y regularmente por su pensión alimenticia. Sé con certeza que debe la comida

y el alojamiento—siempre alojamientos muy elegantes— en el hotel Beverly Hills, el Ambassador East, Hampshire House, el Plaza, el Claridge, el Ritz (de Londres), el Ritz (de París), el George V, el Hassler de Roma y el Hôtel de Paris en Montecarlo. Si alguna vez cometiese la imprudencia de volver a pisar suelo estadounidense, Hacienda estaría muy interesada en departir con Starr acerca de unas trivialidades concernientes a muchos, muchos miles de dólares en impuestos impagados. Hasta me debe dinero a mí.

La primera vez que me topé con Leander Starr—tanto literal como figuradamente—fue hace casi veinte años en el hotel Edward en Durban, Sudáfrica. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, y yo me dirigía lenta y tortuosamente hacia Egipto. De hecho, Durban estaba abarrotado de viajeros a punto de marcharse o recién llegados de otro sitio. La pequeña ciudad turística se había convertido en una especie de escala a mitad de camino para todo el mundo: refugiados ricos rumbo a Sudamérica, tropas inglesas destinadas a Oriente Medio y la India, barcos-hospital que iban y venían desde Dios sabe dónde hasta Dios sabe dónde. La principal ocupación de todo el mundo era esperar la llegada del barco, avión o tren que los llevase adondequiera que creyesen estar dirigiéndose y entretanto conseguir un buen bronceado. Y había sitios peores donde esperar.

Como todo el mundo estaba en el mismo barco—o, para ser más exacto, esperando el mismo barco—en la ciudad imperaba una alegría frenética. Había playas por la mañana, carreras y críquet por la tarde y, por las noches, clubes donde uno llevaba su propio licor, como el Stardust. Las colinas que rodean la ciudad estaban cubiertas de chalets con nombres como Sans Souci o Mon Repos, donde patrióticos colonos ingleses recibían a cualquiera y a cualquier cosa que llevase algo remotamente parecido a un uniforme. Las personas más inverosímiles iniciaban im-

probables coqueteos y amistades porque sabían—o esperaban—que serían relaciones pasajeras y que, cuando el siguiente barco de la P&O levantara anclas, nunca volverían a verse. Como digo, era un grato interludio en el largo viaje hasta la guerra, y pasé un mes muy agradable sin hacer nada, alojado cómodamente a expensas de Su Majestad en el Cuerpo Estadounidense de Voluntarios Internacionales.

En lo que se refiere a los coqueteos, me había ido peor que a la mayoría. La pelirroja en la que había invertido gran cantidad de tiempo y dinero resultó tener un fornido marido del que nunca me había hablado y que era comandante de marina en un navío británico de transporte de tropas. Me quedé con cara de tonto y las manos vacías cuando me lo presentó diciéndole: «Es el novio estadounidense de Dulcie, cariño», y se largó zumbando en un elegante Packard con el volante a la derecha para reiniciar las relaciones domésticas con la Royal Navy.

Alto, delgado y—en mi opinión—bastante bien parecido con mis pantalones cortos de oficial británico y mi gigantesco salacot, entré con aire trágico en el hotel Edward con la intención de ahogar mis penas en ginebra con lima. Era la hora del té y el bar estaba abarrotado. Escogí la única mesa que quedaba libre, una pequeña en un rincón oscuro, lamentándome de que, en la oscuridad, mi trágico semblante pasaría casi desapercibido para los demás parroquianos, a la vez que reparaba, con cierta alegría, en que la penumbra resaltaba mi bronceado (era muy joven y se me podía disculpar cierta teatralidad). En cualquier caso, no pude disfrutar mucho de la ginebra. Las puertas se abrieron de par en par y una joven rubia, muy guapa y un tanto despeinada entró a toda prisa. Recorrió con una mirada desesperada y apasionada la sala abarrotada y fue directa a mi mesa.

—¿Le importa si me siento?—preguntó, y se desplomó en la silla vacía que había frente a la mía.

—Encantado—respondí muy amable a la vez que me ponía en pie y el condenado salacot salía rodando absurdamente por el suelo.

—Siéntese, idiota—dijo con voz sibilante.

—Pero mi salacot...

—Le compraré uno nuevo. Siéntese y no llame la atención.

—Bueno, señora, si se trata de llamar la atención...—empecé a decir con tono engreído. Luego la miré con más detenimiento—. Oiga, ¿no es usted Monica James?—Después de pasar la mitad de mis años de formación viendo programas dobles e incluso triples, no había un solo nombre del mundo del cine que no conociese, desde las estrellas más rutilantes hasta los actores más olvidados. Monica James había interpretado a una frágil ingenua inglesa en media docena de películas de la Gaumont-British.

—Sí. Y ahora ¿le importaría callarse de una vez?

—La verdad, señorita James, es que sólo quería decirle que siempre he admirado su trabajo. Sobre todo la última película que hizo con Leslie Howard, dirigida por Leander Starr. Es...

—¡Leander Starr! Ni me nombre a ese animal. Me ha perseguido desde... ¡Ay, Dios mío, ahí está! No deje que me vea.

Me volví, igual que todos los presentes, y ahí estaba el gran Leander Starr, ataviado para parecerse a Trader Horn. A pesar de la penumbra de nuestro rincón, no tardó en dar con Monica James. Fue directo a la mesa y dijo:

—Joven, está usted destrozando un hogar feliz. Mis segundos irán a verle esta noche.

—No seas idiota, Leander—dijo la señorita James.

—Joven, esta mujer es mi esposa, y a quienes Dios ha unido...

—¡No soy tu esposa!—respondió acaloradamente la señorita James—. Tengo el certificado de divorcio aquí mismo y es mi posesión más preciada.

—No te creo.

—Sé que no me *creías*—replicó ella, blandiendo una hoja de papel—, pero aquí lo tengo. Mi abogado dice que también podría haberlo conseguido alegando abandono familiar, locura o el hecho de que eres un delincuente empedernido. Da igual. Me bastó con el adulterio.

—¿Abandono familiar? Si no fuese por la gravedad de la acusación, Monica, me reiría. ¡Sí, sí, me reiría!—Hizo un gesto grandilocuente—. Fuiste tú quien me abandonó y yo el que te siguió por este continente negro, por montes y praderas, acompañado sólo por mi criado y un fiel porteador nativo, para encontrarte ahora infraganti con tu gigoló estadounidense, mientras un marido traicionado...

—¡Eh!, un momento...—dije poniéndome en pie. Reparé en que era varios centímetros más alto que yo y en que sería difícil ponerse fuera de su alcance.

La señorita James hizo caso omiso de mis protestas.

—Leander, has venido en el expreso de la tarde. Te vi al ir a la estación a comprar mi billete. Te vi y salí corriendo como una liebre, pero no lo bastante deprisa ni lo bastante lejos. ¡Vuelve a subir al expreso y lárgate!

—¡Vas a dejarme!—exclamó con voz tensa, cogiéndola de la muñeca—. Vas a dejarme en este país olvidado de la mano de Dios, viejo, enfermo, derrotado y solo. Éste es el agradecimiento que recibo por sacarte del arroyo y convertirte en una estrella.

—No, Leander—respondió la señorita James—. No me sacaste del arroyo. No soy una estrella. Y ya te he dejado.

—¿Por este Casanova imberbe?

—No seas idiota, Leander. Ni siquiera sé cómo se llama.

—¡Ninfómana!



—Me llamo Dennis—dije como un imbécil—. Patrick Dennis. Cuerpo Estadounidense de Voluntarios Internacionales. ¿Cómo está usted, señor Starr? Me gustaría aprovechar esta oportunidad para decirle lo mucho que siempre he admirado su...

Haciendo caso omiso de mi mano tendida, Starr se volvió con gesto regio hacia la señorita James.

—A pesar de tu comportamiento libertino, vamos a olvidar lo sucedido. Te devuelvo tu legítimo puesto de señora de Leander Starr...

—De segunda señora de Leander Starr—respondió la señorita James—. Pero no la última.

—De señora de Leander Starr. Vas a venir conmigo al interior de esta tierra de maravillas y misterios donde he encontrado a una fascinante tribu de pigmeos. Imagina la película que podríamos hacer: tú, una diosa esbelta y dorada, rodeada de cientos y cientos de minúsculos súbditos no más altos que...

—Y la titularemos *Hombrecitos*—dijo la señorita James, poniéndose en pie y recogiendo sus guantes.

—¡Ésa ha sido buena!—exclamé.

—No, gracias, Leander. Vete tú con los pigmeos. Yo me vuelvo a Inglaterra. Ser la señora Starr estos dos últimos años ha sido muy edificante, pero ahora que estoy iluminada, me vuelvo a casa a intentar olvidar todo este desastre.

—No permitiré que vuelvas a Inglaterra. Piensa en los bombardeos. En el peligro.

—Qué dulce, Leander, pero preferiría estar en plena guerra relámpago con el propio Hitler que contigo en el paraíso. No te lo tomes a mal. Gracias por el té, señor Dennis.

—Pero si aún no nos lo han servido—respondí.

Justo en ese instante, un camarero indio se acercó en silencio a la mesa con lo que el hotel Edward consideraba

imprescindible para disfrutar del té en tiempo de guerra: té, agua caliente, leche caliente, leche fría, limón, pan con mantequilla, bollos calientes, mermelada (de tres tipos), miel, emparedados, pasteles, pastas y una enorme tarta.

—Gracias de todos modos—dijo ella—. Adiós, Leander.

—¡Espera!—gritó él, abalanzándose sobre ella. Por desgracia, se abalanzó directamente sobre mí. Se oyó un terrible estrépito y, acto seguido, vi al gran Leander Starr tumbado en el suelo, abrasado por el té, el agua y la leche calientes; cubierto de leche fría, limón, pan con mantequilla, bollos calientes, mermelada (de tres tipos), miel, emparedados, pasteles, pastas y una enorme tarta—. ¡Me has empujado, sinvergüenza!—rugió.

Un segundo después, se levantó e intentó golpearme. Otro segundo después, los dos estábamos en el paseo marítimo, expulsados para siempre del hotel Edward.

No volví a ver al gran hombre hasta dos días después, cuando fui a tomar una copa al hotel Balmoral con otra chica guapa. Se llamaba Caroline Morris, pertenecía a una buena familia de Filadelfia, vivía en la parte más cara de la ciudad y se dirigía a Oriente Medio para trabajar en la Cruz Roja. ¡Qué chica ni qué niño muerto: era una campaña de reclutamiento! Bella e impávida, más que guapa y vivaz, personificaba esa cualidad limpia, de guante blanco, costuras rectas y peinado impecable tan apreciada por la Cruz Roja en Europa. Era más bien gélida y jamás se habría dignado a salir conmigo si no hubiese ido al colegio con mi hermana mayor y hubiese sabido que éramos gente de bien, a pesar de ser de Chicago. A su entender, haber tenido relación, por lejana que fuese, con ella, o con cualquier Morris, era sinónimo de aceptabilidad social. Propuso tomar una copa en el Edward. Yo sugerí el Balmoral.

Al pasar por el primero, me pareció recordar que ese estandarte de la Cruz Roja había sido hasta hacía poco una estudiante modélica de Bryn Mawr y una pelma de cuidado, y que antes de eso había sido la chica Shipley perfecta e igual de aburrida. Y, ahora que lo pienso, creo que a mi hermana no le resultaba mucho más simpática que a mí. Pero era guapa, y se suponía que los jóvenes estadounidenses solitarios lejos de casa debíamos perder la chaveta—literalmente—en compañía de una estadounidense guapa. Yo no había perdido la cabeza. De hecho, apenas había escuchado el relato más bien estirado de Caroline de lo horrible que había sido el viaje en primera clase desde los astilleros de Filadelfia: «Una comida espantosa... La gente que conoce una... Tu hermana... El club de críquet Merion..., ¿conoces a Tommy Huber?... Muy seco, por favor..., supongo que estos nativos deben de estar enfermos... mamá y el doctor Ormandy...». La interrumpió un hombre muy delgado que se presentó de pronto ante nuestra mesa.

—Señor Dennis, le ruego que me perdone, pero mi jefe, el señor Leander Starr, me ha pedido que venga a verlo.

—¿Es usted su segundo?—pregunté.

No parecía un hombre capaz de moverse con desenvoltura en el campo del honor... ni en ningún otro campo, dicho sea de paso.

—Su secretario, sí. Me llamo Alistair St. Regis. El señor Starr está muy disgustado por el malentendido del otro día y quería saber si podría invitarlo a usted y a, ejem, su acompañante a tomar una copa. Le gustaría mucho tener ocasión de disculparse.

—¿Es familia de los Starr de Doylestown?—preguntó Caroline con una chispa de interés.

—No lo creo. —Luego añadí—: Gracias, señor...

—St. Regis. Alistair St. Regis.